

pues está enamorada. Es el polvo luminoso e ingrátido de la poesía que se cierne sobre los objetos recubriéndolos de una nueva, pero muy antigua, malla nominal.

AL MAESTRO CON CARINO

El Maestro, (1921-1923) Revista de cultura nacional, México, Dirigida por Enrique Monteverde y Agustín Loera y Chávez, Colección Revistas literarias mexicanas modernas, Ed. facsimilar, F.C.E., México, 1979

POR GUILLERMO SHERIDAN

El Maestro es, dentro del proyecto divulgador de Vasconcelos que incluye las dos *Antorchas*, más que una revista, una zona de contacto cultural e ideológico sin la que difícilmente se podría entender al México de los veintes y, por lo mismo, al actual.

Aparecida en 1921, la revista tiraba la todavía hoy inabarcable suma de 75,000 ejemplares semanarios que, en principio, cubrían no sólo el territorio nacional, sino a las más diversas personas de las más variadas actividades que lo poblaban. En ese sentido, la publicación quería un elemento homogeneizador, guía indiscutible de la dirección que el país debería seguir para acceder a los lugares privilegiados del banquete universal, llevando como agregado, por supuesto, a todo el continente. Su tono regenerador amparado por el panamericanismo y en pos de esa especial noción del socialismo tan cara a Vasconcelos, se opone en principio al tono crepuscular y refinado, muy ecléctico en el fondo, de revistas anteriores como *México Moderno*. En oposición a esa concepción de la cultura representada por revistas así, *El Maestro* postula la militancia y la causa de un México con derecho a entrar, garboso, a las filas de la historia moderna. La educación continua, global, inagotable es el camino para lograrlo, parecen decir las páginas de la revista todo el tiempo. Hay que leer a Tolstoi, a Barbuse, a Anatole France y a Tagore para poseer un alma adecuada a las circunstancias del cambio; a Unamuno, D'Ors, Rodó, Ingenieros y Mistral para recuperar el orgullo de ínclitas razas ubérrimas. Junto a ellos, los guías nacionales, Caso, Chávez (Ezequiel) y Vasconcelos, modulan la frecuencia espiritunacionalista de la joven patria.

Es curioso que varios de los con-



temporáneos que todavía no son Los Contemporáneos, se trepen de inmediato a esa carreta. Torres Bodet, Ortiz de Montellano y González Rojo habían salido de México *Moderno* para trasladarse a los Talleres Gráficos de la Nación, que es donde se editaba la revista, lo que le permite entonces a Novo y a Villaurrutia disponer casi a sus anchas de las secciones fijas de *México Moderno*, como luego se harán en *El Universal ilustrado*. Con ellos se queda Gorostiza, que, si bien colaborará también en *El Maestro*, conserva su lugar en *México Moderno* como consecuencia de su pleito con Torres Bodet.

En *El Maestro*, contagiado de súbito por la pasión americanista y educativa, Torres Bodet y sus amigos realizan las labores propias de la infantería: traducen, corrigen y reseñan a cambio de la eventual publicación de un poema o ensayo. La empresa, dice Vasconcelos en *El Desastre* (citado por J.J. Blanco en el fragmento de su libro que ésta edición del FCE usa

como presentación) ciertamente no tenía como objeto "revelar talentos nuevos", pero sí "prestar eminentes servicios en la divulgación de la cultura básica y en la propaganda mexicana en el extranjero, y también mostrar los propósitos de resurgimiento moral y político del mundo latino frente a las naciones poderosas del momento". Así, Pellicer (cuya postura, a diferencia de la de sus "compañeros de viaje", es bien coherente) promueve su entusiasmo, su americanismo y las causas de la democracia. Hasta llegó a organizar, desde la revista, un (que adivinamos fugaz) "Comité Estudiantil de Solidaridad con los Estudiantes Venezolanos", incapaces "como nosotros de gozar la libertad y la alegría de la adolescencia", sometidos por el gobierno de Juan Vicente Gómez. Gorostiza publica un raro ensayo en el que explica la urgencia de iniciar las cruzadas alfabetizadoras "para la mayoría del pueblo que vive salvaje y miserablemente" necesitado "de escuelas con objetivos bien determinados, los de instruir precisamente a ese pueblo, ajustándose a sus circunstancias y a sus necesidades típicas". Ortiz de Montellano, que al menos tiene el mérito de investigar posteriormente cuestiones de cultura popular, coquetea con consignas como ésta: "Hay aún muchos que con la cara negra y los rasgos aztecas se ponen cuello planchado y fabrican música europea. Error profundo, ¡como si no fuera mucho más interesante ser azteca!", lo que se entiende si se considera que, dos páginas atrás, Vasconcelos proclamaba: "Ha pasado el triste tiempo para nosotros y para América Latina, ha pasado el tiempo del período simiesco del afrancesamiento y del estranjerismo en el que copiábamos como simios los gestos de la cultura sin comprometernos con su sentido".

